

UN VIAJE DE LA ANGUSTIA A LA ESPERANZA Jonás 2:1-10

La historia de Jonás es una de las historias más conocidas en la Biblia por grandes y chicos. Muchas cosas se han escrito de él; cientos de libros, caricaturas, historietas, películas, etc., se han escrito acerca de lo que vivió este siervo de Dios, aunque, como comenté la semana pasada, muchas veces se hace más énfasis en el drama que en el propósito del drama.

Jonás es ese hombre, judío, al que Dios ordena ir a predicar a “Nínive, la gran ciudad”. Nínive era una ciudad no judía; sus habitantes adoraban a otros dioses. Ahí lo manda Dios, pero Jonás se niega a obedecer el mandato de Dios y decide “*huir de la presencia de Jehová*” a Tarsis, es decir, queriendo huir lo más lejos posible de la presencia de Jehová, como si esto fuera posible. Toma un barco. Pero “*Jehová hizo levantar un gran viento*”, una tempestad que amenazaba con hundir la nave. Los marinos saben que algo raro está pasando y echan suertes y se decide que el pasajero Jonás es el culpable. Le interrogan y él confiesa que huye de su Dios. Jonás pide que le echen al agua para que se calme la tempestad. Así se hace, los marineros lo echan y el mar se aquieta. “*Pero Jehová tenía preparado un gran pez*” que se tragó a Jonás. Dentro del pez, el profeta ora a Dios, entonces “*Mandó Jehová al pez, y vomitó a Jonás en tierra*” (Jon. 2:10).

Dios le reitera su mandamiento al profeta, de que vaya a Nínive y predique el mensaje; esta vez así lo hace. Los hombres de Nínive se arrepienten y se convierten de sus malos caminos y Dios los perdonó. (Jon. 3:1-10). Pero la historia no termina aquí.

El profeta, en lugar de brincar de alegría por la conversión de todo un pueblo a Jehová, se enoja al punto de que pide a Dios que le quite la vida a él. Tras construir una enramada se pone a dormir. Entonces Jehová Dios preparó una calabacera que le hizo sombra, lo cual alegró a Jonás. Pero al amanecer, Dios preparó un gusano, el cual hirió la calabacera. Cuando el sol estaba en su fuerza Jonás se sintió molesto y reiteró su deseo de morir. Dios le pregunta si estaba enojado por lo que pasó con la calabacera y él dice que sí. El Señor le recrimina a Jonás que cómo él tuvo lástima de la calabacera, que había crecido sin ningún esfuerzo del

profeta, y que no debía, entonces, molestarse porque Dios había tenido piedad de Nínive, “*donde hay más de ciento veinte mil personas que no saben discernir entre su mano derecha y su mano izquierda*” (Jon. 4:1-11).

Muchísimos años después, el Señor Jesús utiliza la figura del profeta para ilustrar su propia muerte, sepultura y resurrección. Esto sería una señal para el pueblo como pasó con Jonás a quien por cierto, el Señor, reconoce como profeta (Mt. 12:39-40), es decir, el Señor Jesús da testimonio de que la historia de Jonás fue real, no un cuento. También reprendió el Señor Jesús a los judíos por haberle rechazado y puso de ejemplo a los ninivitas paganos que sí supieron escuchar a la predicación de Jonás y respondieron humildemente arrepintiéndose de sus pecados y convirtiéndose de sus malos caminos a Dios (Lc. 11:30-32).

Yo hace mucho que aprendí tres cosas cuando leí el Libro del Profeta Jonás: (1) la desobediencia tiene consecuencias, (2) a Dios nadie le cancela nada, y (3) Dios escucha la oración del desobediente arrepentido. Arrepentido significa que ya no será desobediente y que atenderá fielmente el llamado del Señor; significa que hará lo que el Señor ordene aunque lo que ordene no parezca tener sentido, o sea algo que parece difícil, sino que imposible, de cumplir y lo hará sin condiciones y con buena actitud.

Como puede ver, la historia de Jonás es más que la simple historia del hombre que estuvo dentro de un pez por tres días y tres noches. Fue real, no un cuento, y el Señor Jesús da testimonio de ello al usarlo de ejemplo y llamarlo profeta. Más allá de lo fascinante de haber estado dentro de un gran pez por tres días y tres noches, es una historia que habla de la misericordia de Dios por todos los pueblos; es una historia en donde el arrepentimiento y el perdón son piezas claves.

El Libro consta de cuatro capítulos y cada capítulo tiene un tema en particular. El capítulo 1 trata del llamado que el Señor le hizo a Jonás y la respuesta de Jonás huyendo de Dios. Jonás aprendió en primer lugar, que no es posible esconderse de Dios. El capítulo 2 trata de la oración que hizo Jonás a Dios estando dentro del pez. Promete ser obediente y el Señor, en respuesta a la oración, ordena al pez que vomite a Jonás. El capítulo 3 trata de la respuesta de Nínive al mensaje de Jonás, en donde se arrepienten y se convierten de sus malos caminos poniendo su mirada en Jehová y Jehová los perdona del castigo. Y finalmente, el capítulo 4, habla

de la reacción de enojo de Jonás por la misericordia y compasión de Jehová para con los ninivitas, y también habla de la respuesta del Señor para Jonás.

De cada capítulo se puede hacer un sermón porque tiene un mensaje aplicable a nuestros días. He predicado acerca del capítulo 1 y ahora quiero enfocar en el capítulo 2, que tiene que ver con la oración de Jonás en tiempo de gran angustia y la esperanza que guardaba de ser escuchado por Dios. Este fue seguramente el viaje más importante de Jonás; no el de la barca, sino el viaje de la angustia a la esperanza.

“Entonces oró Jonás a Jehová su Dios desde el vientre del pez” (v.1).

Algo que no podemos perder de vista es que Jonás estaba en el vientre del pez por su desobediencia. La oración de Jonás guarda una muy estrecha relación entre lo que está sucediendo físicamente y lo que está sucediendo en su alma. Es decir, lo que está pasando físicamente se parece bastante a lo que está pasando espiritual y emocionalmente. Habríamos de mirar con mucha atención a nuestro alrededor a ver si no nos pasa a nosotros lo mismo.

A pesar de todo lo que está viviendo, Jonás sabe que Jehová sigue siendo su Dios y esto le renueva la esperanza. Dios no nos deja ni en las tormentas, ni en la angustia, ni en la desesperación, aunque nosotros mismos hayamos provocado todo esto como Jonás. Dios es fiel y no nos deja solos para siempre. Jonás lo sabía perfectamente porque conocía muy bien a Dios y por eso dice:

“y dijo: Invoqué en mi angustia a Jehová, y Él me oyó; Desde el seno del Seol clamé, Y mi voz oíste” (v.2).

Toda la oración de Jonás expresa un pensamiento que va de la angustia y desesperación a la esperanza y paz en Jehová. Angustia significa un dolor o sufrimiento más allá de lo normal, es una ansiedad, es estar en un aprieto muy grande; es un temor que no deja respirar. Jonás se siente como si estuviera en el Seol. Seol significa “lugar de muertos”, en el pensamiento judío es el lugar a donde van a parar todas las almas, buenas y malas, solamente que están separadas (Lc. 16:19-31). Jonás, dentro del vientre del pez, sentía ese temor que le quitaba la respiración y por eso se sentía como si estuviera en el Seol, es decir, Jonás se sentía muerto.

Pero Jonás nos enseña algo muy importante: Nunca detenga su oración por causa de la angustia, créame, es la angustia la que se detiene por causa de la oración. ¿Se ha sentido alguna vez como Jonás?, clame a Dios y Él responderá. El Profeta Jeremías también da testimonio de esto, porque esta es promesa de Dios (*Jer. 33:3*). No busque huir de sus problemas, esconderse de Dios o lanzarse del barco de su vida al mar perdiendo toda esperanza.

“Me echaste a lo profundo, en medio de los mares, y me rodeó la corriente; Todas Tus ondas y Tus olas pasaron sobre mí” (v.3).

Jonás reconoce que es Dios quien está detrás de todo lo que le está pasando; no eran los marineros que lo habían echado al mar, era Dios. Jonás sabía perfectamente que todo lo que estaba sucediendo era a causa de su desobediencia y que Dios lo estaba disciplinando. ¿Quién le podría salvar de esta difícil situación? Solamente Jehová, porque Él es el Dios de toda salvación, como él lo reconoce más adelante (v.9).

La reacción de muchas personas ante las circunstancias que provocan desesperación, dolor y angustia, sería pensar que Dios los echó de su presencia, que ya no los ama o que los ha abandonado, sobre todo si están conscientes de que ellos mismos han provocado eso que viven a causa de su desobediencia y rebeldía. Pero Jonás, que conoce bien al Señor, no piensa así. Sabía que era Dios quien lo había echado al mar, pero también sabía que de un modo u otro no lo abandonaría. Eso es conocer de verdad a Dios.

*“Entonces dije: Desechado soy delante de Tus ojos; **Mas aún veré Tu Santo Templo.** Las aguas me rodearon hasta el alma, Rodeóme el abismo; el alga se enredó en mi cabeza” (vv.4-5).*

¿Se da cuenta? A pesar de todo lo que estaba sufriendo por causa de su desobediencia, a pesar de sentirse ahogado con cosas enredando sus pensamientos, Jonás todavía guardaba su esperanza en Dios y sabía que lo vería en su Santo Templo para adorarlo. Sabía que Dios estaba enojado con él, pero guardaba la esperanza de tener un encuentro con Él para adorarlo.

Pero la historia aún no termina y Jonás todavía guardaba la esperanza. En una ocasión prediqué un mensaje titulado *“La esperanza no es lo último que se pierde”*. La esperanza refleja la fe verdadera y nunca se pierde; la esperanza está hasta el último segundo de su vida; se acaba

cuando se acaba su vida, que es diferente, porque aun en el último segundo previo a la muerte hay esperanza.

“Descendí a los cimientos de los montes; La tierra echó sus cerrojos sobre mí para siempre; Mas Tú sacaste mi vida de la sepultura, oh Jehová Dios mío. Cuando mi alma desfallecía en mí, me acordé de Jehová, Y mi oración llegó hasta Ti en Tu Santo Templo” (vv.6-7).

Jonás está detallando todo lo que vivió y lo que sintió; todo por causa de su desobediencia. Pero también sabía que la esperanza da fruto; tiene su recompensa. Dios lo rescató de la misma sepultura como dice el mismo Jonás, porque aquel gran pez hubiera podido ser su tumba. Jonás sabía que sin Dios estaba perdido, que nada hubiera podido hacer él para salir por sus propios medios, para salir vivo de aquel pez.

Dios escuchó la oración de aquel siervo desobediente cuando más desfallecía, es decir, cuando más sentía que le faltaba el aliento para respirar, cuando más se sentía morir. Lamentablemente, como Jonás, muchos buscan a Dios como su último recurso, cuando sienten que ya nada más pueden hacer; otros lo buscan hasta que han reconocido su pecado. Y, sin embargo, en su misericordia, en su amor y en su fidelidad, Dios escucha aquellas oraciones desesperadas.

“Los que siguen vanidades ilusorias, Su misericordia abandonan. Mas yo con voz de alabanza te ofreceré sacrificios; Pagaré lo que prometí. La salvación es de Jehová” (vv.8-9).

El profeta hace un contraste entre quienes abandonan la fe para adorar ídolos y los que adoran al Dios verdadero; es un contraste entre quienes se refugian en Dios y los que se refugian en otras cosas, como por ejemplo en su propio orgullo (vanidades ilusorias). Refugiarse en el Señor da fruto, pero refugiarse en el orgullo, o en otras clases de cosas, trae frustración y pérdida de toda esperanza; refugiarse en otras cosas es vano, hueco, sin sentido, sin valor, inútil; no trae buenos resultados.

El profeta promete cumplir el propósito de Dios; lo único que necesita es salir del atolladero o del peligro en que se encuentra. Jonás dice que él pagará lo que prometió, es decir, pagará sus votos a Jehová, y los votos son una promesa voluntaria y algo muy serio que uno debe cumplir. Jonás cumpliría el mandato de Dios de ir a predicar a los idólatras ninivitas acerca del arrepentimiento y el perdón de Dios.

Como podemos ver, pagar o cumplir los votos o promesas, no se trata para nada de realizar rituales como el flagelarse la espalda, caminar de rodillas ciertas distancias, dejar de hacer cosas por un tiempo como dejar de fumar, de beber, etc. Cumplir votos o pagar promesas es cumplir la voluntad de Dios en la vida de la persona. El profeta Samuel dijo: “...¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros” (1S. 15:22). Dios dijo a través de su profeta Oseas: “Porque misericordia quiero, y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos” (Os. 6:6). Jonás aprendió que la mejor alabanza que le podía dar a Dios era su obediencia; y estaba completamente consiente de que solamente Dios lo podía salvar, por eso afirma que la salvación es de Jehová.

“Y mandó Jehová al pez, y vomitó a Jonás en tierra” (v.10).

Jonás aprendió muy bien la lección. Dios lo salvó en respuesta a su oración; aprendió que a Dios nadie le cancela nada. Salvar significa liberar de algún peligro que puede ser físico o espiritual. La salvación de nuestras almas significa que Dios nos liberó del peligro de ir al infierno, al tormento eterno.

Aunque se sabe que los peces grandes como la ballena, cuando siente algo molesto en su estómago, o cuando se siente morir, se acerca a la tierra más próxima y expulsa lo que hay en su estómago y hay quien usa esto para decir que lo de Jonás no fue un milagro, lo interesante aquí es que fue Dios quien le ordenó al pez, así como vimos la semana pasada que fue el Señor Jesús quien le ordenó a los vientos y al mar que se calmaran. Parece ser que la tormenta y el pez obedecen al Señor mejor que nosotros. Su liberación no era el fin de la historia, sino su oportunidad para llevar el mensaje que Dios le encomendó.

Conclusión.

Hoy en día la actitud de muchas personas es como la del Profeta Jonás. Se niegan a llevar el mensaje de Dios a otras partes. Jonás no tenía problema en hablar con los judíos, pero sí tenía problema en hablarles a los incrédulos. Hoy en día también hay muchos que les gusta trabajar dentro de la iglesia, pero que no quieren salir para llevar el mensaje; están más cómodos adentro.

Para “justificar” su negativa de obedecer tratan de esconderse de Dios. Sí, porque se esconden en el trabajo, en las múltiples ocupaciones que no les dejan ni un segundo libre, se esconden en sus propios miedos, etc.

Cuando eso sucede, Dios puede preparar tormentas o nos puede hacer caer dentro de la boca de un pez, figuradamente hablando, en donde nos vamos a sentir con mucha angustia y desesperación; en donde nos podemos sentir morir.

Cuando sienta que están llegando muchas calamidades a su vida, una tras otra, valdría la pena preguntarse cómo está su condición espiritual, cómo está su relación con Dios, cómo está su obediencia hacia Él. No estoy diciendo que cada situación difícil que nos pasa es castigo de Dios, pero sí estoy diciendo que valdría la pena preguntarse cómo está nuestra relación con Dios, nuestra obediencia hacia Él.

Y por supuesto que Dios puede provocar tribulaciones o adversidades en nosotros para llamar nuestra atención a Él. Y si no nos escondemos en nuestro orgullo, entonces clamaremos al Señor con todas nuestras fuerzas, prometeremos cumplir su llamado sin excusas y con buena actitud, le alabaremos con todo el corazón; y el Dios fiel de misericordia, amor y perdón nos librá de la boca del pez. Amén... Vamos a orar...